

nueva con fundamento, hable y acuda al convite.

En resolución: Zorrilla no es profeta, ni apóstol, ni entusiasta divulgador de ninguna nueva doctrina, ni trasciende su poesía á nada que esté fuera de la poesía misma. Es, según él se describe, el trovador errante que anhela con sus canciones deleitar y hechizar al pueblo, y que va de puerta en puerta, por ciudades, castillos y quintas, ofreciéndose á cantar de amores para solaz y agrado de las damas, y de hazañas antiguas para halagar el orgullo de los magnates.

Comprendido de esta suerte nuestro poeta, apenas tiene rival en el mundo. Yo no descubro su antecesor legítimo en España, aunque sí veo los difusos elementos que han contribuído á formarle. Y no descubro tampoco sucesor posible, por igual estilo, forma y manera, aunque hayan vivido en su mismo tiempo, y después de él, no pocos egregios poetas que, siguiendo otros caminos, han conquistado también inmarcesibles laureles, y de los cuales trataremos en adelante, aunque sea con mayor conciencia de la que convendría y por modo más somero y rápido del que ellos merecen.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA HISTÓRICA  
"ALFONSO MARTÍNEZ"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VIII

Desde mediados del siglo XIX en adelante, la afición á la poesía se entibia en nuestro público, y en ocasiones se convierte en desdén y menosprecio. A esto concurren varias causas que ya procuraremos indicar. Y con todo, á pesar del mencionado desdén, la producción poética no disminuye. En cantidad sigue siendo grande, aunque hartamente mal estimada y pagada. Y en lo tocante á la calidad, se nos figura que no desmerece de la de los tiempos mejores, aunque sobre ello sea difícil é inseguro el juicio por la proximidad y mezcla confusa de los objetos sobre los cuales ha de dictarse.

A menudo, en torno de las más hermosas y magníficas catedrales se construyen no pocos casuchos ruines y deformes que impiden la vista del majestuoso y espléndido conjunto del monumento. Para verle bien y comprenderle y juzgarle, es menester una previa tarea algo desapiadada. Echar

manos al zapapico, demoler los feos é inútiles estorbos, y hacer que el grande edificio pueda contemplarse y lucir en medio de ancha y despejada plaza.

Sin duda el tiempo oportuno para la demolición no ha llegado todavía. Quizás nos expondríamos, si demoliésemos, cegados, cuando no por enemistad, por antipatía, á derribar lindas y graciosas construcciones, y á descubrir después, hecho el despejo y disipada la polvareda, que nuestra soñada catedral era un feo y destartalado caserón, cuarteado y ruinoso ya y próximo á caer por su propio peso. Lo más prudente es, pues, no demoler nada, y decir con leal franqueza lo que entreveamos en medio de la multitud, circunstante y persistente toda ella.

El humano linaje, lejos de estar parado, marcha y progresa. En tan amplio sentido, decir que nos hallamos en una época de transición, es lo mismo que no decir nada. De transición son todas las épocas. Pero en sentido menos amplio, hay transiciones, y épocas en que se realizan, las cuales pueden ser poco favorables para determinadas manifestaciones del ingenio del hombre.

Los poetas, en las edades primitivas, de las que estamos ya muy lejos, eran en

todos los países hierofantes, adivinos y conductores. Acompañaban y animaban á los héroes en las grandes empresas, como Orfeo á los argonautas; como Anfión, elevaban los muros de las ciudades al són de la lira; y en comunicación directa con los dioses, revelaban la voluntad de éstos á los mortales, marcaban el camino que se debía seguir, y descubrían los casos futuros, como Tiresias y Calcas.

Los poetas, más tarde, dejaron de representar tan importante papel, pero siempre ha sido muy importante el que hasta nuestros días han representado. Su arte sigue siendo arte liberal por excelencia, arte supremo y de lujo, el menos servil, y, por consiguiente, en el vulgar sentido de la palabra, el más inútil de todos: la flor de la cultura, la aromática quinta esencia del pensamiento humano. Implica, pues, la afición del vulgo á la poesía, ó sea el anhelo de deleitarse con la ideal belleza, cierta previa satisfacción del material bienestar ó de otros deleites y goces harto inferiores.

De aquí, á mi ver, el ya citado menoscupio con que se miró en España la poesía en la segunda mitad del último siglo.

La facilidad de comunicaciones, la libertad de todo género de que empezábamos á

gozar, y varias medidas revolucionarias, económicas y políticas que fomentaron el desarrollo de nuestras fuerzas productivas en agricultura, industria y comercio, nos dejaron ver á las claras que materialmente se vivía muchísimo mejor que en España en otros países, y sobre todo en la vecina Francia. Despertó y estimuló esto el más ardiente deseo de vivir por aquí tan bien como por allí y con no menor elegancia y regalo. Y como no es la poesía, sobrepuesta á las demás artes, arte conducente para lograrlo, pusimos de lado la poesía con marcado desdén y tratamos de ingeniarnos por otros caminos. Los que alcanzaron algo siguiéndolos, se afirmaron en dicho menosprecio. Y comparando además, si bien de un modo burdo, nuestro estado social con el de otras naciones, rebajaron mentalmente el valer de cuanto nuestro espíritu creaba, tal vez formulando, en lo interior de cada alma y con términos más ó menos confusos, proporciones geométricas como las siguientes: los escritos franceses en verso ó en prosa, deben de ser á los escritos españoles como un traje de señora elegante hecho en París á otro hecho en Madrid; como el vino de Burdeos y de Borgoña al de Valdepeñas; como las trufas á las macu-

cas ó á las criadillas de tierra; y como el *foie gras* á la chanfaina.

Resultó de esto, entre la gente nueva ó aristocracia flamante, un hondo y mal disimulado desprecio de nuestras cosas, que comprendía á la literatura en general, y á la poesía la cogía de lleno. Tal menosprecio hubo de extenderse no poco desde lo alto, descendiendo á las capas inferiores de la sociedad.

Gran parte, por fortuna, de nuestra aristocracia antigua, para quien no eran causa de sorpresa y de pasmo los primores exóticos y las elegantes invenciones importadas, no se dejó dominar por el abatimiento, por el menosprecio de nuestras cosas y por el desdén á lo castizo, y en especial á la poesía.

Hubo entonces algunos brillantes salones y varias ilustres, gentiles y altas señoras, cuyos nombres no cito aquí receloso de ofender su modestia, que favorecieron y ensalzaron la poesía, ejerciendo provechosa reacción, si bien con fuerza no suficiente para difundirse sobre el vulgo y combatir y vencer la corriente contraria.

De todos modos, este amor respetuoso á la poesía castiza que seguía animando algunos círculos aristocráticos, dió vigor y

aliento á sujetos que pertenecían á dichos círculos y á quienes el estro agitaba y estimulaba. Los Duques de Frías, Rivas y Villahermosa, y el Marqués de Molins, lograron antes de morir dignos continuadores.

Cuento yo como el primero (y no creo que me engañen antiguos afectos amistosos, reforzados más tarde por lazos de familia) á D. Enrique Ramírez de Saavedra, hijo del autor de *Don Alvaro* y heredero de sus títulos y de su grandeza. Con mejores estudios y con más saber que su padre, es también más correcto y más atildado y elegante en sus composiciones. Hay, además, en ellas una vaga y dulce melancolía y una poderosa imaginación soñadora, que transciende á menudo de la contemplación apasionada de la hermosura material y visible á las cosas ultramundanas y de puro espíritu, todo lo cual presta á sus versos singular carácter y pone en ellos sello propio.

Las poesías, no obstante, de este segundo Duque de Rivas aparecieron en poca propicia ocasión y no lograron ser muy populares. Casi tuvieron que encerrarse dentro del círculo aristocrático en que habían nacido. Acaso por esto fué el Duque menos fecundo de lo que hubiera podido y debido ser; pero bastan á darle un puesto elevado

en nuestra historia literaria varias de las composiciones que tiene escritas, descollando, á mi ver, entre todas, las tituladas *El canto de la Sirena*. *El beso*, *Contemplación nocturna desde una altura de los Alpes* y *Dos ángeles*. Quiero, por último, hacer constar, aunque alguien me tilde de sobrado favorable á este poeta, que como no escribe por escribir, sino sólo cuando se siente inspirado y cuando el numen ó la musa le visita, no hay en sus composiciones desnivel parecido al que se nota en las de otros poetas de más extensa fama, sino que todas son bellas. El buen gusto, la conveniente sobriedad y la medida justa acrisolan su mérito y no consienten que nada huelgue en ellas y nos parezca cansado.

No poco más tarde, aunque yo lo cite aquí porque no puedo ni debo en este recuento atenerme al orden cronológico, floreció también otro poeta de nuestra más antigua aristocracia, digno, á mi ver, de adornar con los hermosos y frescos laureles del Pindo sus heredados blasones. Me refiero á D. José María de Martorell y Fivaller, Duque de Almenara Alta. Su profunda fe católica, su entusiasta admiración á cuanto hay de bello en el universo visible, sus puros, refinados y petrarquistas amores con

una linda dama, y sobre todo ello el vuelo apasionado del espíritu hacia lo increado y eterno, donde sólo el alto y verdadero amor puede hallar satisfacción completa, inspiraron al Duque, aunque murió joven y no pudo mostrarnos y legarnos todos los tesoros de su alma, una rica colección de odas y canciones en que la nítida sencillez de Fray Luis de León aparece combinada con el atildamiento y el esmero de la métrica de nuestros días. Tuve yo la honra, por encargo de la familia del Duque, de escribir el Prólogo para sus poesías. Fueron éstas encomiadas por mí con justicia, ya que no con habilidad y elocuencia, y obtuvieron el aplauso unánime de los entendidos, y el más favorable juicio de varias personas doctas, entre las cuales se cuenta el ilustre mallorquín Quadrado, compañero y amigo de Balmes.

Arduo sería dilucidar hasta qué punto la escasa divulgación ó popularidad de esta poesía elegante procede de algo que falta en la poesía misma ó de carencia de buen gusto en el público. Dejémoslo, pues, en duda, ya que no hay tiempo ni espacio aquí para aclararlo como conviene. De todos modos, aunque no consideremos la tal poesía como faro eminente que resplandece

sobre la maravillada y embelesada muchedumbre, séanos lícito estimarla y gustar de ella como fuego sagrado que modesta y cuidadosamente se conserva y custodia en el recóndito santuario de las musas.

Varias ilustres mujeres encendieron su espíritu en dicho fuego; y si no lograron, ni remotamente, alcanzar la nombradía de la Avellaneda y de la Coronado, bien merecen que recordemos aquí, con elogio, los nombres al menos de algunas de ellas. Así doña Antonia Díaz de Lamarque, que en lo lírico y en lo épico compite con su esposo el Sr. Lamarque de Novoa; la injustamente olvidada malagueña D.<sup>a</sup> María Mendoza; otra dama, de Málaga también, D.<sup>a</sup> Josefa Barrientos, Condesa de Parcent, cuya prematura muerte lamentamos, y que nos dejó escritos muy lindos versos líricos y narrativos; y, por último, la misma señora Infanta D.<sup>a</sup> Paz, casada con un príncipe bávaro, admiradora y protectora persistente, en Munich, de nuestras artes y de nuestras letras, y cuyas composiciones en verso se recomiendan por la delicadeza y candor de los afectos y por la tersura y sencillez del estilo. Pero una prueba más de que la forma métrica iba pasando de moda, es que las muchas mujeres que se dedicaron á la

literatura y que obtuvieron alguna celebridad, abandonaron el verso y se dedicaron á escribir en prosa, especialmente novelas. No es de mi incumbencia tratar en estos artículos de tales autoras. La galantería, sin embargo, me mueve á recordar los nombres de algunas de ellas, lo cual puede valer además como prueba de que el favor del público, abandonando la poesía, se inclinaba resueltamente á la prosa. Escribiendo en prosa, simultánea ó sucesivamente, han adquirido fama, á veces clara, extensa y durable, D.<sup>a</sup> Pilar Sinués, D.<sup>a</sup> Angela Grassi, D. Rosalía de Castro, D.<sup>a</sup> Concepción Gimeno de Flaquer y muchas otras que no deben tomar á ofensa, ni siquiera á menor estimación, el no ser aquí recordadas, ya que este bosquejo ó ligero cuadro sipnótico dista infinito de ser y hasta de querer ser una historia de nuestra poesía, tan rica y fecunda en el siglo pasado. Sólo añadiré, para terminar estos párrafos consagrados á las escritoras, que algunas de ellas han influido é influyen poderosamente en nuestra cultura actual, señalándose y distinguiéndose tanto ó más en ello que los más ilustres varones, por lo mismo acaso que las facultades y aptitudes de éstos han solido emplearse en la agitada vida política, y se

han consumido en la tribuna y en el foro, dejando más despejado para la mujer el apacible, aunque harto menos lucrativo, campo de las letras, donde también hay espinas y se cogen más flores que frutos. Testimonio brillante del gran valer de las mujeres en el pensamiento español del día han dado y dan D.<sup>a</sup> Cecilia Böhl de Faber, notable novelista, conocida por el seudónimo de Fernán Caballero; la sabia estadista D.<sup>a</sup> Concepción Arenal; la Sra. D.<sup>a</sup> Blanca de los Ríos, erudita, juiciosa y aguda investigadora en nuestra historia literaria, y la infatigable, ingeniosa y fácil polígrafa D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán.

Volvamos ahora á la poesía, y que esta corta digresión se me perdone.

Protegido, amparado y admirado en los salones elegantes, y hasta en el mismo Real Palacio, acertó á luchar contra la corriente prosaica y á conseguir popular nombradía el cordobés Antonio Grilo, el mérito de cuyos versos, indiscutible á todas luces, ha sido realzado por el natural hechizo, la entonación melodiosa y el arte nada común con que el poeta sabe recitarlos. Prolijo sería aquilatar aquí ese mérito por medio de un detenido examen. Grilo es un poeta poco reflexivo, espontáneo y verdadera-

mente inspirado. Su inspiración vale más que la reflexión; es como instinto certero que atina casi siempre y que rara vez los más descontentadizos censores, que reparan en menudencias y en deslices, pueden acusar de que desatina.

Las cuerdas de su lira se prestan á todo linaje de asuntos, de tonos y de canciones. Pero mejor templadas y dispuestas que para ensalzar los adelantamientos de la industria y de las ciencias experimentales, están para un idilio especial lleno de religiosidad almibarada y de dulce melancolía. La melancolía, con todo, es muy somera. En el fondo del alma del poeta hay radical optimismo. La humilde pobreza, la rústica cabaña, el claustro esquivo y austero, la soledad del yermo y la mezquina morada del ermitaño, todo adquiere, pintado por Grilo, vivos y alegres colores, tonos suaves y encanto apacible. Al leer *La chimenea campesina*, de seguro la hermosa Duquesa á quien la composición está dedicada habrá sentido deseos de abandonar las ricas estancias de sus palacios y quintas, y de retirarse, al menos por algunas horas, á vivir en alguna casita blanca y pobre como la que en la orilla del Betis describe el poeta. Y ensalza tan bien la vida de las monjas,

que otra gentil y egregia señora á quien se dirige en otra composición, es de creer que, lejos de asustarse de la disciplina ascética del convento, sienta el pluri to de edificar uno en miniatura, en lo más esquivo y umbroso de algún parque suyo, para refugiarse en él cuando se sienta fatigada de bailes, de teatros y de tertulias. La mujer penitente que nos presenta el poeta en su cuadro se parece á la Magdalena del Corregio, en quien las vigili as, ayunos y mortificaciones no han hecho mella todavía, maravillándonos, al contemplarla tan graciosamente tendida, la profusión de sus undosos y sueltos cabellos, la jugosa morbidez de sus espaldas y hombros desnudos, y la frescura sonrosada de su rostro. Más que de darse azotes, se diría que la Santa acaba de salir de un tibio baño impregnado de aromas. En *Las ermitas de Córdoba*, por último, Grilo pondera tan lindamente la belleza de aquellos sitios, donde huele á romero, á tomillo y azahar, donde cantan el rui señor y la alondra, y á par de las mariposas acuden revoloteando preciosos querubines de pintadas alas, que al más profano caballere te librepensador le entran ganas de hacerse ermitaño, exclamando, al encontrarse en aquellas ermitas tan amenas:

—¡Ay, qué poco falta para llegar al cielo!

En suma, Grilo es un poeta delicioso, y de sobra merece la fama de que goza y los aplausos y encomios que se le tributan.

Por más directo é inmediato camino, y sin ganarse la voluntad de personajes encumbrados, poetas de no menos valer, y quizás de inspiración más robusta, pugnarón, al promediar el siglo XIX, por lograr el favor del público y conseguir honra y provecho en el ejercicio de su arte. Pero los obstáculos eran enormes. Enérgico temple de alma se requería para luchar contra ellos. Sin duda poseyó este temple, poderosa imaginación, noble confianza en la fuerza propia, y no pocas otras prendas y virtudes, el famoso andaluz D. Manuel Fernández y González. A pesar de lo descuidado de su educación y de la gala que hacía de poseer ciencia infusa y aptitud adivinatoria, sus versos líricos y épicos son correctos, elegantes y castizos; pero en la lucha por la gloria y en la lucha por la vida le valieron hartó poco. Su fama y su medro ó ganancia material los debió al teatro, y más aún á su fecundidad pasmosa para escribir novelas. Las compuso á centenares, sobresaliendo acaso entre ellas *Men Rodríguez de Sanabria*, *Martin Gil*, *El cocinero de Su*

*Majestad* y *Los monjes de las Alpujarras*. Si Fernández y González no hubiera sido indómito, sordo á todo consejo, rebelde á todo freno y tan amable y jovialmente orgulloso, quizás podríamos jactarnos de que su rica labor de novelista no era inferior á la de Alejandro Dumas, el autor de *Los tres mosqueteros*. Lejos estoy yo de hacerme eco de lo que Manuel Revilla dijo de Fernández y González, repitiendo lo que alguien había dicho antes de Feijóo: que era menester erigirle una estatua y quemar al pie sus escritos. La verdad es que de la estatua no es indigno, aunque, si hemos de hablar con franqueza, hay muchos antes de él que no la tienen y que merecerían tenerla primero. Y en cuanto á sus obras, considero más justo y conveniente, en vez de quemarlas, reunir lo más selecto, reimprimirlo con corrección y esmero, y proporcionar al público lo menos una docena de volúmenes de sana y apacible lectura. No es tan cruel el imperio de la moda, aunque de novelas se trate, que condene al olvido lo que ya pasó de moda, si vale algo. Y algo vale la figura de Fernández y González en nuestra historia literaria, así por lo que contribuyó al renacimiento de la novela, tan olvidada y tan poco hábilmente cultivada en la pa-



tria de Cervantes desde el siglo xvii, como por algunas briosas composiciones épico-líricas, entre las que debe preferirse la que tiene por asunto la batalla de Lepanto.

Sin la candorosa soberbia de Fernández y González, menos fecundo que él, pero más juicioso y con mejores y mayores estudios, combatió por conquistar y conquistó posición y nombre otro poeta de muy original lozanía y de notables bríos.

Para imponer silencio, fijar la atención de la distraída muchedumbre y hacer que le oyesen con respeto y que le aplaudiesen cuando tocara la lira, antes de tomarla en las manos esgrimió *el látigo* y sacudió con él á diestro y siniestro. Pronto, por dicha, desistió nuestro poeta de tal ejercicio, y no porque le arredrase lo peligroso que en él había, sino por juzgarle poco digno. Su espíritu emprendedor y aventurero le llevó por más nobles caminos. En medio de tantas insurrecciones ó motines militares, de tan cansada serie de pronunciamientos y de contrapronunciamientos, de tan infecundas y largas guerras civiles, y del fatigoso y *penelópico* tejer y destejer de constituciones y de leyes orgánicas, hubo un momento en nuestra historia algo parecido al brillante amanecer de un nuevo día, á la magnífi-

ca entrada de una nueva era en la que se podría imaginar que la vida decadente de nuestra nación iba á rejuvenecerse y á robustecerse, soldando la solución de continuidad y recobrando el vigor de antiguas y gloriosas edades.

Aunque atado á una soga diplomática para que no corriese ni saltase mucho, ni se apoderase con sus garras de muy rica presa, el viejo león de España salió de sus mermados dominios y quiso lucir y lució algo su energía y bravura de otros tiempos. Tuvimos, en suma, la guerra de Africa. Y D. Pedro Antonio de Alarcón, que es el poeta de que vamos tratando, sentó plaza de voluntario, tomó parte en dicha guerra y escribió con grande amenidad y linda y fielmente las cosas más notables que en dicha guerra ocurrieron. Desciñéndose luego la espada, y dejando en Madrid á buen recaudo los ganados laureles, tomó Alarcón el báculo de viajero, recorrió la Italia y compuso un interesante libro de sus impresiones de viaje.

En otro libro de mayor novedad sin duda, y menos parecido á ningún otro, Alarcón describió también la Alpujarra. Y mostró, por último, el vigor de su fantasía y la gracia y ligera elegancia de su estilo en multi-

tud de artículos de toda laya, desde la más encumbrada política hasta la revista de salones, y en no pequeña cantidad de novelas y de cuentos, que serán siempre leídos con gusto por cuantas personas le tengan bueno. Bien puede decirse que Alarcón comparte con Fernán Caballero la gloria de haber resucitado en nuestro país la novela de costumbres contemporáneas, pero, y perdónenmelo los apasionados de la hija de Böhl de Faber, sin la exótica *sensibleria* de ésta, con más castiza inspiración, y combinando diestra y primorosamente lo real con lo ideal, lo vivido y observado en el día con no poco de legendario y fantástico, ya cómicamente, ya trágicamente épico. Las dos joyas de Alarcón que me inspiran el anterior elogio son *El sombrero de tres picos* y *El niño de la bola*. El desenfado de su ingenio y las pleguerías y veladuras con que su estilo le envuelve y suaviza, resplandece más que en ninguna obra suya en el atrevido y algo chusco cuentecito de *La comendadora*.

Todo esto y más fué menester, y apenas bastó, para que el público antipoético de entonces leyese, estimase y aplaudiese los versos del autor de *La pródiga* de *El capitán Veneno* y de *El escándalo*, y le preconizase, no sólo como prosista y novelista,

sino como fácil y elegante versificador y poeta.

Tuve yo la honra de escribir el Prólogo de sus poesías. A lo que dije entonces me remito ahora, sin reproducirlo aquí por falta de espacio para ello. Indicaré, no obstante, las dos más salientes cualidades que dan á los versos de Alarcón singular carácter. Es una la irónica salida de tono, que llaman ahora humorismo, con la que, al parecer, se invalida, convirtiéndolo en broma lo que se ha dicho antes en serio. Pero, si bien se examina, no proviene esto de falta de fe, sino de sobra de modestia, si en la modestia puede haber sobra. Valgámonos para explicarlo de la más humorística de todas las odas de Horacio: del elogio de la vida del campo, que Fray Luis de León supo imitar tan alta y dichosamente. Horacio era modesto, no como lírico, ya que decía *sublime feriam sidera vertice*, sino como persona austera en sus moralidades. De aquí que, después de cantar entusiasmadamente y con sincero fervor las puras delicias del retraimiento campesino, recelase y temiese que no habían de creerle por lo poco autorizado que se juzgaba, y saliese con el chiste de que todo aquello lo había dicho el usurero Alfio al recoger el dinero que tenía

prestado y al ir á prestarle otra vez á más elevado tanto por ciento. Las ironías ó humorismos de Alarcón, no contradicen, pues, sus entusiasmos. Alarcón tal vez se niega, pero no los niega. Tal vez carece ó sospecha que carece de la constante y firme voluntad propia del santo y del varón justo, pero no del amor vehementísimo hacia la santidad y hacia el bien que hondamente sentido por el poeta, aunque sea en un breve instante, le habilita para expresarle y para infundir en sus canciones su purísimo fuego.

La otra cualidad de Alarcón es un escepticismo que me atrevo á calificar de sano, en primera instancia; de risueño y jovial, y de muy atinado y útil en última instancia. Quiero yo significar con esto que Alarcón, si propendía á menudo á burlarse de los antiguos ideales, solía ser más burlón y descreído aún con los ideales novísimos, hallándolos bajos, rastreros, interesados y vulgares. Así se comprende bien, sin atribuirlo á causas extrañas ni á conveniencias de género alguno, la fervorosa conversión del poeta hacia el ideal antiguo en los últimos años de su vida. No de otra suerte una extremada filosofía sensualista puede llevar al tradicionalismo de Bonald ó de Donoso.

Y el agnosticismo hoy en moda tal vez engendre, si no ha engendrado ya, un misticismo flamante.

Como se ve, yo trato en este artículo de aquellos que fueron antes que todo poetas, y no de aquellos que, ejerciendo otra profesión para conseguir notoriedad y encumbramiento, compusieron versos en su primera mocedad ó posteriormente en ratos de ocio, para solaz y recreo. Han sido tantos los poetas de esta última clase, que tendré que pasar en silencio hasta sus nombres y mencionar sólo en otro artículo á los más ilustres ó por la misma poesía ó tal vez por diferente motivo.

Todavía de los que fueron poetas ante todo, me incumbe decir aquí algo sobre dos, excelentes ambos, de idéntica mala ventura durante la vida mortal, poco venturoso el uno aun después de su temprana muerte, y muy feliz el otro porque logró repentina y extraordinaria fama póstuma, de la que era por cierto merecedor, pero que nos sorprende á causa de la poca atención que por aquel tiempo, según ya lo hemos lamentado, prestaba el público á la poesía.

El primero de los aludidos poetas fué D. José Velarde. Crítica desapiadada y acerba se ensañó contra este vate bondado-

so y dulcísimo, y le amargó la vida. Sin duda él incurrió en un error, harto grave, pero inocente: en el error de creer ó más bien de soñar con la posibilidad de que pudiese alguien entonces ser principal y casi exclusivamente poeta lírico y narrativo, como se puede ser abogado, médico, empleado en Hacienda, y ya, á Dios gracias, hasta dramaturgo y novelista. Velarde se aventuró, pues, en una empresa casi imposible, y tuvo que ser cruel su desengaño. Pero prescindiendo de esto, debemos hoy hacerle justicia. Preciosos son sus versos é interesantes sus narraciones. El poema *Alegria*, lo mejor en mi opinión, que nos ha dejado, es rico en delicados sentimientos, en colorido para pintarnos la hermosura del suelo y del cielo de Andalucía, y en talento de observación y artística flexibilidad de estilo para ver y representar la vida en aquellos lugares y las faenas, regocijos y pasiones enérgicas de sus rústicos habitantes. A la verdad, yo no comprendo sino como manía de ensalzar lo extranjero y de denigrar lo propio, que no se estime *Alegria* y otros poemitas de sucesos campesinos de la edad presente, escritos por Velarde, tanto ó casi tanto, aunque las comparaciones sean odiosas, como *Herman* y *Do-*

*rotea*, de Goethe, y *Evangelina*, de Longfellow.

El otro poeta, que vivió acaso en mayor estrechez y obscuridad que Velarde, pero sobre cuyo sepulcro la muerte, justa dispensadora de gloria, vertió de súbito esplendores que no se oscurecen y lauros que no se marchitan, fué Gustavo Adolfo Becquer. Acaso nadie, después de Zorrilla, ha sido tan popular en cuantos países de ambos mundos se sigue hablando la lengua castellana. Acaso en ningún Estado de América ni en nuestra Península guarden las gentes en la memoria ni reciten con mayor efusión que los versos de Becquer los de cualquiera otro poeta del día por celebrado que sea. Menester es, por consiguiente, que aún digamos algo de Becquer al empezar el siguiente artículo, aunque se dilate más de lo que pensábamos nuestro trabajo.